

CAPRICHOS DEL DESTINO

En una pequeña, pero noble ciudad de Valencia cuya belleza nunca dejó de hechizarme vivió, no ha mucho tiempo, una mujer de las de presencia altiva, moral católica y mirada serena. Un semblante algo más de amable que de seria, hermana circunspecta de otras cuatro almas, hija de una madre emprendedora y padre labrador.

Permitidme que utilice estos “ecos” que evocan a nuestra obra literaria más ilustre para relataros la historia de cómo se conocieron una pareja de amantes, de su tiempo y sus circunstancias.

Fue en la postrimería de los años cincuenta, aquellos que la postguerra trató de resguardar, cambiando rencor por compasión, temor por esperanza y miseria por ilusión.

A sus 27 años, Rosario no había conocido varón que pudiese hacerla soñar. Su adolescencia había transcurrido en un cercano pueblo de la comarca, entre fiestas y lutos, entre misas de domingo y jornales de labor. Mujer de fuertes convicciones y recta moral, su humilde, aunque digno origen, no era escollo que le impidiese aspirar a encontrar la felicidad tan anhelada en aquellos tiempos. Su tez blanca y esbelta figura eran reclamos ineludibles para todo aquel que pusiera sus ojos en ella. Mas no sería presa fácil si no fuese porque su destino ya estaba escrito. Su carácter rebelde y su fuerte personalidad le habían servido de “pretil” frente a los que intentaron conquistar aquel bastión sin su consentimiento.

Hija y hermana de gente del campo, no iba a ser ese el camino que ella pretendía abordar, pues su madre le tenía preparado otro menos exigente, menos duro y más prometedor.

Su belleza no pasó desapercibida para Salvador, aquel maduro galán, 14 años mayor que ella. Era éste un hombre apuesto, más alto que la media y templado en el fuego de la experiencia. Había participado en la Guerra Civil a sus 17 años, engañando con falsa edad a todo el que osara impedirselo, pues así acometió él su empeño por defender a la República.

Se había casado con Teresa, una buena mujer con la que tuvo un hijo, que apenas vio la luz unas semanas y con la que convivió diez difíciles años. Pero debo rectificar si convivir significa también amar en cuerpo y no solo en alma, porque ella había enfermado de tuberculosis. Él la había cuidado todo ese tiempo con resignación, pero también con lealtad y constancia, lo que le hizo acreedor de honra y estima por la exigente sociedad de la época.

Una vez consumado su matrimonio con Teresa por el fallecimiento de ella, se abrió ante él un incierto porvenir, lleno de dudas y desalientos.

Su edad y su prestigio lo convirtieron en aspirante involuntario para establecer una relación con Vicenta, una mujer soltera de edad más próxima a la suya, a la que las voces cercanas les gustaba de emparejar. Eran los dimes y diretes del vulgo, el “Magazine” de la época.

Reseñar que Vicenta era la hermana mayor de Rosario, nuestra protagonista.

El destino hizo que Rosario y Salvador coincidiesen en el pequeño campo de fútbol de la localidad, durante el partido que el equipo local disputaba con otro de la zona. Rosario no era especialmente aficionada a ese deporte, pero estaba ahí, sentada en la parte superior de la grada, junto a sus amigas. Salvador estaba varias filas más abajo, mirando atentamente el partido, pues él sí era de cierto bastante aficionado.

En un momento del encuentro, una amiga, dirigiéndose a ella le comentó: “Mira!, aquel de allí abajo es el que quieren emparejar con tu hermana Vicenta”.

Rosario acercó la cabeza hacia su amiga mientras ésta aún señalaba con el dedo al hombre que estaba de espaldas. En ese preciso instante el hombre giró su cabeza hacia detrás, como si alguien le hubiese llamado. Era imposible haber oído nada por la distancia que les separaba, pero lo cierto es que las miradas de Rosario y de Salvador se cruzaron como dos centellas que salen a su encuentro y convergen al unísono.

No hace falta decir que esa fue la chispa que encendió la llama del que llegó a ser un amor inquebrantable, convirtiendo la diferencia de edad en una mera e irrelevante anécdota.

Pero sería injusto omitir que no todo fue tan fácil al principio. Su familia no aprobaba aquella relación, en una época en la que los convencionalismos eran ley y los comentarios... ¡un dilema!.

Su cariño creció con el tiempo y dio sus frutos, creando una familia unida y dichosa.

Aquel hombre ya no está entre nosotros, pero sí su gran amor, al que espera con paciencia, pues todos tenemos una traza que estamos obligados a seguir.

Y si aún no habéis adivinado de qué amantes os he hablado, de aquel cruce de miradas os diré, que fue albor de mi existencia... y la de mis hermanos también.

¿Fue magia, fue casualidad o ...alguien ó “algo” decidió que así ocurriera?. Por el momento lo llamaremos “Destino”. Sea como fuere es el responsable de que esté yo aquí, y como decía un antiguo bolero, al que adrezo con una brizna de humor, *«esta fue la historia de un amor como no hubo otro igual, que dio luz a “mi vida“, amparándola después »*. Y esa vida, “ya madura” es la que me permite hoy estar aquí, ante vosotros, para compartir esta historia con la que me siento profundamente emocionado.